

Capítulo I. Nacionalismo: en busca del concepto.

Nationalism has proved more powerful than any other political creed. Great Empires have broken down under its assault, wars and revolutions have been started in the name of nationality which have changed the face of the world. Economic interests, morality, and religion are unable to stem the torrent, which seems to push our whole civilization towards the abyss.

Frederick Hertz; 1945.

1. ¿Existe un concepto de nacionalismo como tal?

El nacionalismo es un concepto ambiguo difícil de precisar. John Breuilly, por ejemplo, concibe que el nacionalismo puede evocar tanto ideas, sentimientos como acciones, lo que afirma que cada definición puede dar diferentes implicaciones a su estudio (Breuilly; 1993: 404), convirtiéndolo así en un fenómeno parecido a un camaleón al ser capaz de asumir una gran variedad de formas ideológicas (Özkirimli; 2000: 61). Asimismo, Louis Snyder, en su compilación de terminología política nacionalista, reconoce que:

El término nacionalismo no admite una simple definición pues es un fenómeno complejo de carácter vago y misterioso; su característica más permanente es que puede diferir en sus formas de acuerdo con las condiciones históricas específicas y la estructura social de la sociedad; así, puede tener un tinte cultural, o incluso puede ser promovido como una excusa para la expansión (Snyder; 1990: 245),

por lo que hace alusión a sólo algunas de las muchas interpretaciones que se pueden dar del concepto. El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, fuente fidedigna de la estructura y del idioma español, define al nacionalismo en tres formas: como un apego de los naturales de una nación a ella y a cuanto le pertenece; como una ideología que atribuye entidad propia y diferenciada a un territorio y a sus ciudadanos, en la que se fundan aspiraciones

políticas muy diversas; o bien, como una aspiración o tendencia de un pueblo o raza a tener una cierta independencia en sus órganos rectores. Si bien todas estas definiciones aparentan totalidad, pueden verse cuestionadas ante diversos fenómenos sociales al advertir su poco alcance y trascendencia ante un fenómeno de transformación constante, como lo es el nacionalismo; ya de ello que es preciso percibir la diversidad de enfoques con los que éste puede ser observado y evaluado, para lograr así concebir una idea más amplia del mismo.

Son varias las disciplinas –antropología, ciencia política, sociología, psicología, etc.- que buscan dar cuenta del nacionalismo como parte del desarrollo político-social de la humanidad. Cada una de ellas, al analizar la forma en la que el nacionalismo se suscribe a través de las líneas de entendimiento e interacción social, da por hecho su existencia y expansión, a pesar de convenir en divergentes concepciones del mismo. Así, se obtiene en principio una lista de calificativos otorgados al nacionalismo, en atención al punto de análisis que se tenga a consideración o al fenómeno que se tenga como fuente de estudio, lo que le da al concepto un carácter multidimensional (Calhoun; 1997: 23), ya que es utilizado con funciones distintas en diferentes ámbitos: para la antropología, el nacionalismo es un proceso histórico; para la ciencia política, una teoría, doctrina, o principio político; para la sociología, una forma de comportamiento humano, un movimiento ideológico, o una actividad; para la psicología, una idea o un sentimiento, etc.

Académicos como Craig Calhoun y Stanley Hoffmann argumentan que no es posible comprender el nacionalismo sin primero consolidar una definición

básica del mismo, por lo que se han dado a la tarea de buscar consolidarla; otros, argumentando que no es posible concebir una teoría universal del nacionalismo, consideran que la mejor forma de lidiar con él es desarrollando tipologías; asimismo, existen quienes ante la tediosa tarea de destejer las peculiaridades del nacionalismo, prefieren estudiar la evolución que éste tiene en determinadas áreas y momentos de la vida humana (Özirimli; 2000: 57-61). Todas estas formas de lidiar con el nacionalismo son válidas y bien aceptadas en el campo de las ciencias sociales que, hambriento por nuevos conocimientos, no deja de subrayar la creciente importancia del fenómeno nacionalista; ya de ello que el presente estudio busque encontrar no sólo un concepto apropiado de nacionalismo a través del análisis de la multidimensionalidad del concepto, sino que también enlista y analiza dos modelos de tipologías propuestos por importantes teóricos de la materia y expone la evolución del concepto a través de la historia.

Es aquí preciso señalar que si al carácter multidimensional del nacionalismo se añade el hecho de que todos los estudiosos del mismo están, indudablemente, influenciados por corrientes ideológicas y sociales que imperan al momento de elaborar sus estudios, se incrementa la magnitud del problema al intentar convenir en un concepto universal. Como lo advierte Ernest Gellner en el clásico *Naciones y Nacionalismo*, al estudiar el nacionalismo se debe tener en cuenta la contaminación que la propia conciencia puede ejercer en los resultados de su estudio (Gellner; 1991: 124-5). Frente a tal problemática, lo más prudente

es que, si bien se reconozca la ambigüedad del concepto, se busque concebir uno adecuado para efectos del presente estudio.

1.1. Nacionalismo: un concepto multidimensional.

Se ha mencionado ya que el término “nacionalismo” es utilizado bajo diferentes connotaciones en diversas disciplinas, cuestión que se ha tenido a bien reconocer como su carácter multidimensional; es ahora necesario considerar la aportación que cada una de estas disciplinas inserta en la concepción ideal del concepto a utilizar dentro del presente estudio. Así, la problemática del sentido multifacético del nacionalismo se puede identificar en varias de las disciplinas en las que diversos teóricos han trabajado a través de la historia.

Desde 1774, año en el que se traza el surgimiento del interés social por el estudio del nacionalismo, se ha sugerido que éste puede describir una gran variedad de fenómenos, dificultándose así su estudio al hacer casi imposible el encontrar una definición adecuada del mismo (Hechter; 2000: 5-6). La visión que diferentes disciplinas tienen del nacionalismo es la base principal de esta problemática, por lo que a seguir se contemplan cuatro de las consideraciones del nacionalismo que ofrecen diferentes disciplinas y se procede advirtiendo la forma en la que éstas pueden combinarse en una sola concepción.

1.1.1. Antropología: el nacionalismo como un proceso histórico.

La visión antropológica del nacionalismo no sólo se ha limitado a exponer un estudio exhaustivo de su evolución cronológica pues también se caracteriza por elaborar un análisis histórico de su desenvolvimiento, así como de sus repercusiones en la sociedad moderna. Desde su perspectiva del estudio de las

realidades humanas, la antropología percibe al nacionalismo como el fruto de un proceso histórico que dota de conciencia las diferencias morales entre los pueblos (Özkirimli; 2000: 41, citando a Kohn; 1967). Dicha afirmación encuentra su base en la interacción entre los seres humanos que, inevitablemente, deja en claro las diferencias existentes entre los diversos grupos sociales –raciales, políticas, sociales, culturales, religiosas, etc.- que se van desarrollando a través del tiempo.

Es gracias a todas estas diferencias que se construye una conciencia de pertenencia y originalidad de un grupo social determinado, dotándolo de una separación tácita de los extraños. Cuando este discurso es elevado al nivel internacional, el resultado es un mundo fragmentado por criterios enraizados en la conciencia social, socavando así la idea de homogeneidad. Por lo tanto, es a través de la historia que el nacionalismo encuentra su fuerza y fortaleza, convirtiéndose en un elemento más de la evolución social. En consecuencia, es obvio que aquéllos que se abocan a esta idea antropológica del nacionalismo, coinciden en la elaboración no sólo de compendios históricos, sino también en la estratificación de éste, caso que se anota en el apartado de tipologías del nacionalismo del presente estudio.

1.1.2. Ciencia política: el nacionalismo como un principio político.

El nacionalismo, como ideología y movimiento social, ha sido sujeto de estudio desde finales del siglo XVIII (Özkirimli; 2000: 12). Su evolución histórica, como se ha mencionado anteriormente, ha implicado una separación implícita de la sociedad internacional sustentándose en una ideología o creencia que mantiene cierto grupo de gente de que ellos constituyen la nación o de que deben buscar

hacerlo (Hoffmann; 2000: 197, citando a Haas; 1997: 35). Dicha ideología pregona la unidad social en base a criterios específicos que atan a dichos grupos a una identidad propia delimitada, consciente o inconscientemente, de aquéllas que le rodean. Dichos criterios trazan, en consecuencia, las raíces de la idea de nación en el espectro político internacional.

Para objeto del presente estudio, se hace uso del concepto de nación suscrito por Benedict Anderson en su conocido libro *Comunidades Imaginadas* que la suscribe como una “comunidad imaginada” caracterizada por su limitación espacial y por su aspiración a la soberanía política, siendo el nacionalismo la fuerza ideológica capaz de dar vida a esta comunidad (Anderson; 1993: 23). Si bien “nación” es uno de los conceptos más confusos en el vocabulario actual, la perspectiva de Anderson es aquí reconocida por su importante aportación al debate nacionalista. La nación es pues un grupo de personas que tienen como objetivo su soberanía política, es decir, un gobierno responsivo y representativo de sus intereses, encontrando en la cooperación la mejor forma de alcanzarlo; asimismo, es preciso señalar que la fuerza impulsora de la comunidad –lo que aquí se reconoce como nacionalismo–, no es más que el resultado de los fuertes lazos de solidaridad entre la comunidad, producto de su distinción étnica e histórica y de sus símbolos culturales (Hechter; 2000: 9-10).

La originalidad nacional busca protección y defensa a través de la explotación de los principios nacionalistas; como lo señala Hoffmann, al ser el nacionalismo una ideología, propone y requiere de ciertos cuestionamientos y propuestas esenciales:

Primero, el nacionalismo es la reacción a un problema: ¿Qué provee al individuo de identidad social?; segundo, provee la respuesta o explicación a tal problema: la identidad está constituida por la pertenencia a una nación, siendo el resto de éstas débiles e inferiores; tercero, sugiere un programa de acción: la protección de la seguridad, y muchas veces, la originalidad nacional (Hoffmann; 2000: 197-198).

Por lo tanto, la manifestación del nacionalismo es el resultado de un cuestionamiento propio y de lo ajeno, identificando en éste último a un adversario que pone en peligro la autenticidad propia. Igualmente, para que la ideología nacionalista tenga verdadera fuerza, Hoffmann considera necesaria la existencia de creyentes arduos que sepan propagar y pelear por ella, incentivando así una mayor fragmentación en base a las diferencias nacionales. Una vez encendido, el nacionalismo como una ideología puede ser compatible con, parasítico de, o destructor de cualquier otra ideología (Hoffmann; 2000: 199) a la que se ha enfrentado. Ello dependerá de la fuerza y alcance, así como de las tendencias destructoras o cooperativas, que los postulados que cualquier movimiento nacionalista llegue a tener. Esta idea se describe con mayor claridad en las siguientes líneas.

1.1.3. Sociología: nacionalismo y movimientos ideológicos.

El nacionalismo es una realidad difícil de aprehender en el marco de una teoría explicativa de carácter global (de Blas; 1997: 342). Como ya se ha mencionado, es imposible asumir que todos los movimientos nacionalistas se adaptan a un sólo modelo, y es por ello que muchos teóricos se han avocado en convenir simplemente en tipologías cuando tratan con la materia; ante la impotencia de establecer un concepto definitivo, lo que aquí se afirma es simplemente la forma

en que estos movimientos ideológicos forman parte del carácter multidimensional del nacionalismo. Una vez que la ideología nacionalista se manifieste en un grupo, independientemente de los motivos que la hayan incentivado, comience a diseminarse a través de sus miembros y se consolide como parte de un discurso político, se habla de un movimiento nacionalista.

El nacionalismo se distingue como una acción colectiva diseñada para hacer las fronteras de la nación congruentes con aquéllas de la unidad de gobierno (Hechter; 2000: 7). Esta tercera dimensión del nacionalismo, anexa un término más al debate nacionalista: la unidad de gobierno, siendo ésta el elemento responsable de proveer el orden social y otros bienes colectivos a sus miembros, es decir, el Estado (Hechter; 2000: 12-13). La acción colectiva, o movimiento ideológico, está encaminada a hacer del Estado una unidad adecuada para los intereses de la nación, de acuerdo a lo que sostiene el principio político al que Gellner se refería en su ya mencionado estudio sobre el nacionalismo: lo político y lo nacional deben ser congruentes (Gellner; 1991: 1). Esta hipótesis, de apariencia volátil, ha sido explotada de sobremanera, tanto por las elites del Estado como por otros niveles sociales en atención a sus intereses y necesidades, a través de la historia.

Los líderes estatales, por un lado, pueden evocar la ideología nacionalista para consolidar su poderío y servir a propósitos específicos ya sea en el contexto político, económico o social (Tuminez; 2000: 1-3). El nacionalismo, cuando en las manos de los dirigentes gubernamentales, sirve pues como fuente de legitimidad y de respaldo en contra de alguna amenaza a su posición, sea esta interna o

externa, pues alimenta movimientos ideológicos en favor de su posición. Las reacciones que pueden tener los gobernantes ante la oposición o entrada de fuerzas extranjeras a su territorio es prueba de ello pues pueden calificar de disidentes a aquéllos que no comparten su propia visión de lo nacional, persiguiéndolos y silenciando sus demandas, o bien pueden consolidar la unidad nacional en contra de un adversario externo que se abre camino entre la sociedad nacional y pone en peligro no sólo su propia estabilidad, sino también la seguridad general.

Igualmente, los niveles sociales que se encuentran por debajo de las elites, pueden hacer uso del nacionalismo para avivar inconformidades y demandas en contra de los gobernantes, consolidándose así un movimiento ideológico. El nacionalismo se constituye así en una instancia privilegiada de deslegitimación o apoyo del Estado existente o en el vehículo a través del cuál diversos agentes sociales pretenden llegar a la conquista del poder político (de Blas; 1997: 346) minando las bases sobre las cual deben sostenerse los poderes gubernamentales. Calhoun se refiere a este punto cuando argumenta:

el desarrollo y propagación del discurso nacionalista no es reducible a la formación del Estado o a la manipulación política pues tiene un significado más autónomo, ya que aparece en los niveles inferiores y resiste muchas veces la configuración del Estado (Calhoun; 1997: 11).

Las minorías y los niveles más explotados de la población son pues recipientes excepcionales del nacionalismo transformándolo, inevitablemente, en un pretexto perfecto para la formación de movimientos sociales en contra o a favor del Estado. No obstante, es muy difícil estimar la fuerza o variedad del nacionalismo

de forma confiable, tanto a niveles gubernamentales como inferiores, ya que su manifestación puede variar debido a la presión del Estado y de la opinión pública (Hertz; 1945: 37), por lo que la sociología, en atención a la estructura y funcionamiento de las sociedades humanas, se ha avocado esencialmente al estudio de casos específicos de nacionalismo.

1.1.4. Psicología: el sentimiento nacionalista.

Se ha descrito ya la forma en que la historia lleva al hombre a advertir las diferencias entre él y aquéllos que le rodean, encontrando afinidad sólo con algunos a partir de ciertos rasgos; este sentimiento consolida al grupo que, sustentado en el principio nacionalista, exige una unidad de gobierno que sea acorde a sus intereses. Ya de ello la afirmación de que el nacionalismo no es sólo una doctrina, sino más bien un modo básico de pensar, hablar y actuar (Calhoun; 1997: 11) que se apropia de la mente y el corazón del hombre, dotándole de un sentido de pertenencia y afinidad a la nación en la que se ha desarrollado, sentido que le obliga a observar la perpetuación y seguridad de ésta.

Frederick Hertz, en su estudio psicológico de la ideología nacionalista, encuentra que el nacionalismo es un sentimiento o una idea sembrada en la conciencia del hombre que evoca amor a la nación o al pueblo, celo por los intereses de éstos y lealtad inconmensurable hacia el Estado (Hertz; 1945: 1). Dicha afirmación encuentra cabida tras un extenso cuestionamiento a las tendencias nacionalistas de las personas, lo que le lleva a concluir:

si a un nacionalista le es pedido definir su credo, éste argumentará que consiste en una devoción pasional a su nación, poniendo los intereses de ésta ante cualquier otra cosa; el honor de los

nacionalistas denota superioridad, un rango óptimo entre las naciones, prestigio y dominio (Hertz; 1945: 35).

Evidentemente, Hertz reconoce la pasión y sentimiento que se desarrolla en los seres humanos a partir de la ideología nacionalista; ya de ello que aquí se reconozca a tal sentimiento como el principal promotor de los movimientos nacionalistas.

Toda esta retórica del nacionalismo se identifica también como patriotismo, concepto que es aquí preciso detallar. El patriotismo es el deseo de elevar el prestigio y poder de la nación propia en relación con los rivales del sistema internacional (Hechter; 2000: 17), por lo que su principal incentivo es la idea de originalidad y supremacía nacional. Este sentimiento dotará entonces de un sentido específico a los movimientos nacionalistas conduciéndoles por dos diferentes vías: la vía positiva y constructiva, que busca la solidaridad y libertad de las naciones; y la vía negativa y destructiva, que ataca a otras naciones creando desconfianza, prejuicios y un inevitable sentido de superioridad sobre ellas (Hertz; 1945: 36); visiblemente, el sentido que el sentimiento adopte dependerá tanto del contexto histórico, como del énfasis que la sociedad y el Estado apliquen al desarrollo del mismo.

El nacionalismo como teoría política, asume el principio de igualdad de pertenencia y el carácter inclusivo de la identidad nacional (Greenfield; 2000: 31), cuestiones que, atadas al sentimiento de los miembros del grupo, dotan de gran ímpetu a los movimientos nacionalistas. Por lo tanto, el nacionalismo es también un sentimiento que debe encontrar cabida y consideración en la mente de la

sociedad pues, de no hacerlo, la fuerza y alcance de los principios nacionalistas que ésta enarbole, serán extremadamente limitados.

2. Un compendio histórico del estudio del nacionalismo.

Si se desea evaluar el nacionalismo moderno, es necesaria una perspectiva histórica del mismo como lo sugiere su dimensión antropológica. Los orígenes del estudio nacionalista se ubican, generalmente, en el pensamiento romántico alemán que, a fines del siglo XVIII, convertía al individuo en el centro y soberano del universo, forjando a la autodeterminación como su bien más supremo (Özkirimli; 2000: 16, citando a Kant; 1983: 32). Así, el estudio del nacionalismo nacía de la creencia o ideal de que los miembros de una nación estarían en una mejor situación bajo la autodeterminación, es decir, la idea de que un grupo de gente que, teniendo cierto grado de intereses en común, debe serle permitido expresar sus propios deseos con respecto a como deben ser alcanzados dichos intereses (Özkirimli; 2000: 19, citando a Halliday; 1997: 362). No obstante, esta afirmación sería completada gracias a importantes desarrollos históricos que contribuyeron a la conformación del concepto de nacionalismo.

Dentro de los desarrollos históricos más notables que contribuyeron al fortalecimiento del nacionalismo, se subraya la importancia que la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas tuvieron en el estímulo de la conciencia social, pues las realidades políticas y sociales de la época comenzaron a cosechar el nacionalismo. En 1789, la Revolución Francesa sembró la noción de nación en términos políticos, argumentando que la base de la organización social debe estar fundamentada sobre “igualdad, libertad y fraternidad”, siendo esta

última reflejo de los lazos que unen a los hombres. Por su parte, la amenaza Napoleónica estimuló el ascenso de las corrientes nacionalistas en toda Europa ya que la sociedad, al verse amenazada por fuerzas externas, consolidó la unidad nacional en grupos armados uniéndolos bajo un interés común: preservar la gloria nacional ante la amenaza del exterior (Snyder; 1990: 243). Por lo tanto, el “sentimiento herido”, consecuencia del ataque a los valores de una sociedad tradicional, se convertiría en el motor de los movimientos nacionalistas (de Blas; 1997: 345).

A lo largo del siglo XIX, era posible distinguir dos corrientes ideológicas en la descripción de la fuerza y permanencia que el nacionalismo podía llegar a tener en el discurso político: una partidaria, que usaba el principio para justificar y realzar algunos nacionalismos en particular; y una crítica, que le observaba sólo como una etapa temporal de la evolución social. La corriente partidista afirmaba que el nacionalismo había redescubierto los mitos, símbolos y rituales que conformaban la cultura nacional y, por lo tanto, que no debía ser otro el medio mediante el cual la unidad del Estado debería ser alcanzada; por su parte, las corrientes críticas concebían al nacionalismo como una forma de “falsa conciencia” que apartaba al pueblo del ideal de igualdad entre todos los hombres; ya que las corrientes partidarias sugerían que la unidad del Estado debería ser alcanzada a través de un proceso de unificación, el nacionalismo comenzó a constituirse en una instancia privilegiada de legitimación del Estado existente o en el vehículo a través del cuál nuevos agentes sociales pretenden llegar a la conquista del poder político (de Blas; 1997: 346).

Por su parte, las corrientes críticas, distinguibles en el discurso Marxista, no gozarían de gran atención al inhibir la persecución de la unidad nacional como el medio más deseable para el desarrollo, pues tendría que transcurrir más tiempo para que este discurso adquiriese mayor fuerza, por lo que adaptaba el concepto nacionalista a sus necesidades estratégicas, pues algunas veces condenaba al nacionalismo y otras más lo apoyaba sensiblemente (Özirimli; 2000: 22-26).

Hacia finales del siglo XIX y principios del siglo XX, el sentido del nacionalismo cambiaría radicalmente. Poco a poco, el nacionalismo había adquirido tintes imperialistas pues los Estados comenzaron a extender su influencia sobre aquellos que consideraban más débiles; así, el encuentro de intereses nacionales opuestos lleva al génesis de la Primera Guerra Mundial, (Snyder; 1990: 243). Conjuntamente, en el plano académico se abre una nueva era en el estudio del nacionalismo: aparecen los estudios de casos específicos que buscaban trascender el porqué de su surgimiento, sólo haciendo un recuento narrativo y cronológico de las características nacionalistas en casos precisos; de igual forma, se desarrollan tipologías como esquemas clasificadores destinados a ordenar y comprender, en mayor medida, los varios tipos de nacionalismo (Özirimli; 2000: 37).

Resultado directo de la Primera Guerra sería la humillante derrota de naciones europeas que, víctimas de la voluntad de aparentes naciones superiores, supieron mantener su sentimiento de supremacía y orgullo nacional que, con el paso del tiempo, se materializaría en ímpetus expansionistas que fueron más allá de la teoría al declarar su identidad como única y suprema. La

nueva configuración internacional en la que la Guerra había resultado, sería sometida bajo tales designios nacionalistas de supremacía; con la Segunda Guerra Mundial y el auge del nacionalismo alemán, caerían naciones enteras del continente europeo. La voluntad germánica no estaba sola, pues calificaba de importantes aliados las demandas unificadoras italiana, así como los ímpetus imperialistas japoneses en Asia. El fin de esta Segunda Guerra dejaría destrozado el continente europeo, elevando en otras naciones el estatus de supremacía internacional y desatando un enfrentamiento ideológico-político que habría de dividir al mundo en dos esferas esencialmente opuestas. Aunado a ello, el nacionalismo entra en una nueva etapa influenciando, profundamente, los procesos de descolonización y la instauración de nuevos Estados (Özkirimli; 2000: 13, citando a Snyder; 1997: 12).

Académicos nacionalistas no fueron ajenos de este nuevo ímpetu liberalizador, pues sus estudios supieron apartarse de Europa y enfocarse, profundamente, en el plano global. Teóricos modernistas como Elie Kedourie, Gellner y Anderson, comenzaron a ocuparse del estudio de los movimientos nacionalistas en la segunda mitad del siglo XX atendiendo la dimensión sociológica del nacionalismo; asimismo, teóricos neo-marxistas, como Michael Hechter, enfatizaron el papel de los factores económicos en la consolidación nacional moderna (Hechter; 2000: 52-55).

De igual forma, este periodo se distingue por la atención otorgada a los medios de comunicación, siendo éstos un factor crucial en el desarrollo de la ideología nacionalista. Se trata no sólo de los medios escritos que,

tradicionalmente, habían sido vehículos extraordinarios en la propagación de dicha ideología, sino de una revolución tecnológica que abre aún más campo de cultivo para la ideología nacionalista en el discurso legitimador del Estado; importantes descubrimientos de la era moderna favorecen, en gran medida, el desarrollo del nacionalismo moderno (Snyder; 1990: 242). Las masas, desprovistas y de bajo nivel educativo, rendirían culto al mensaje unificador que, esta vez, llegaba a ellos a través de medios ajenos a las letras. No obstante, el simple análisis de las estructuras de los medios de comunicación no puede indicar con certeza que conflicto o solidaridad existe dentro de una comunidad en particular y, por lo tanto, que tipo de nacionalismo se puede desarrollar puesto que los mensajes transmitidos por dichos medios no son percibidos de la misma forma por los individuos que conforman dicha comunidad (Özkişimli; 2000: 51-52, citando a Breuilly; 1993: 406-407).

La búsqueda por trascender el debate clásico del nacionalismo se consolida a finales de la década de los ochentas. Tal debate se ha visto polarizado alrededor de temas específicos y ha fallado en explicar muchos de los aspectos del nacionalismo, de tal forma que los estudios más modernos se han supeditado a identificar los factores que llevan a la reproducción continua del nacionalismo como un discurso central en la formación del mundo moderno (Özkişimli; 2000: 56). La evolución histórica ha obligado la inclusión de nuevos actores en el debate moderno, pues las fuerzas homogeneizadoras y los medios de control se han transformado y fortalecido a la par del hombre.

Así entonces, de acuerdo con lo que sugiere Louis Snyder, es posible elaborar un breve esquema que divide, cronológicamente, el nacionalismo a través de la historia otorgando un calificativo particular a cada uno de los periodos contemplados (Özkirimli; 2000: 43-44, citando a Snyder; 1968: 48):

- Nacionalismo integrante. (1815-71). El nacionalismo funciona como fuerza integradora y ayuda a la consolidación de los Estados;
- Nacionalismo quebrantador. (1871-90). El nacionalismo alienta a las minorías a buscar liberarse de la opresión que pesa sobre ellos, es decir, liberarse de un Estado que no es congruente con sus límites nacionales;
- Nacionalismo agresivo. (1890-1945). El nacionalismo se mezcla con ímpetus imperialistas; las naciones buscan su supremacía sobre aquéllas que consideran más débiles por lo que la anexión de territorios determina la potencia y poderío nacionales;
- Nacionalismo contemporáneo. (1945–). El nacionalismo se extiende a un contexto global, encontrando cabida en las revueltas coloniales en contra del imperialismo europeo.

2.1. Nacionalismo en el siglo XXI.

Para finales del siglo XX, el nacionalismo se encuentra lejos de su fin, pues continua siendo una de las mayores fuerzas sociales (Snyder; 1990: 244). El entorno global ha adquirido una nueva configuración que desconoce aquélla de siglos pasados: la importancia de la economía global priva a muchos actores de sus tradicionales medios de control, lo que a cambio puede exacerbar las reacciones nacionalistas de naturaleza defensiva en muchos países; una

configuración singular de grandes bloques políticos y económicos, unipolar y multipolar en determinados aspectos (Hoffmann; 2000: 210), deja en evidencia los alcances que el discurso nacionalista puede obtener.

Consecuentemente, es claro que el nacionalismo se consolida en el marco cognoscitivo de la percepción de la realidad política internacional, es decir, en las bases de la conciencia social construyendo las características de la identidad nacional, reflejándola dentro del nuevo orden social (Greenfield; 2000: 29-30). Ya de ello que el nacionalismo desenfrenado del sistema internacional actual actúa como catalizador de conflictos intra-estatales, así como interestatales, poniendo en entredicho la convivencia pacífica de las naciones. Ello debido a que las revoluciones nacionalistas domésticas pueden producir efectos al exterior, o que el nacionalismo recurra a la violencia y la guerra para probar o expandir su poder. Por lo tanto, la tendencia negativa del nacionalismo persiste, y es de especial importancia en el discurso anti-homogeneizador que distingue a varias naciones puesto que, ante la nueva ola unificadora que impera en el actual entorno internacional, la identidad nacional se siente amenazada y el nacionalismo resurge (Hoffmann; 2000: 215).

Ya que la violencia es, frecuentemente, producto de las ideas nacionalistas, existe un interés en contener dicho aspecto (Hechter; 2000: 33). Cualquier movimiento nacionalista que hace uso de la violencia, pone en gran peligro la seguridad nacional y, muchas veces, la integridad regional, especialmente si el Estado en cuestión se presenta incapaz de controlar la insurgencia. Asimismo, los intereses particulares que pueda tener otro Estado en la zona en conflicto, le

obligan a actuar en su propio interés y no en el de la preservación de la paz y armonía internacional; por lo tanto, se reconoce la forma en la que el nacionalismo provee a los Estados de nuevos pretextos para intervenir en los asuntos de otros, ya sea para aplastar o para asistir los movimientos de emancipación nacional (Hoffmann; 2000: 203).

Finalmente, si bien el nacionalismo está enraizado en viejas identidades, puede actualmente ser ocasionado por nuevas oportunidades y presiones, especialmente cuando es explotado por regímenes gubernamentales crueles y totalizadores. Ello se debe a que el discurso nacionalista del siglo XXI no es en forma alguna universal, y está altamente ligado al poder práctico y capacidades administrativas de los Estados (Calhoun; 1997: 12-17). La potencia de éste como fuente de legitimación ha puesto en peligro la estabilidad nacional de varios Estados, mientras las consecuencias al exterior cuestionan la paz mundial. La ola homogeneizadora que ahoga al mundo moderno, que ata los destinos nacionales mediante el intercambio comercial y el desarrollo de los mercados internacionales, cuestiona la identidad y originalidad de las naciones convirtiéndose en un detonante potencial de conflictos internacionales. Por lo tanto, la ideología nacionalista se manifiesta en políticas gubernamentales, tanto al interior como al exterior, que condicionan, en gran medida, la convivencia pacífica de las naciones.

3. Tipología del nacionalismo.

Como ya se ha mencionado, a lo largo del desarrollo histórico del nacionalismo se concibieron diversos estudios académicos que buscaban esclarecer el término

mediante diferentes enfoques. Argumentando que no es posible concebir una teoría universal del nacionalismo, algunos académicos consideraron que la mejor forma de lidiar con el concepto es mediante el desarrollo de tipologías (Özkişimli; 2000: 61), ya de ello que existan varios enfoques de esta índole. Sin embargo, el presente estudio sólo considera dos de ellos ya que éstos se complementan uno al otro al describir las características particulares del nacionalismo a través de una estratificación cronológica, así como en base a sus orígenes.

La primera tipología a considerar es la que ofrece Carleton Hayes que presenta las cualidades cronológicas del desarrollo del nacionalismo, describiendo a detalle las distinciones ideológicas que sustentaron el concepto nacionalista. Hayes suscribe tres tipos de nacionalismo básicos –humanitario, integral y económico-, y advierte la subdivisión de uno de ellos (Özkişimli; 2000: 38-41, citando a Snyder; 1968:48-53):

a) *Nacionalismo humanitario*. Es el nacionalismo en su forma temprana, basado en las leyes naturales y advertido como inevitable, es un paso necesario para el progreso humano. Es posible dividir al nacionalismo humanitario en tres:

a.1.) *Nacionalismo jacobino*. Tiene el propósito de salvaguardar y extender los principios de la Revolución Francesa. Tiene cuatro características principales:

- Sospecha de y, muchas veces, no tolera la oposición interna;
- Confía en el militarismo y el uso de la fuerza para conseguir sus fines;
- Se torna fanáticamente religioso;
- Confía en la eficacia misionera para extender su fuerza y dominio.

a.2.) *Nacionalismo liberal*. Asume que cada nación debe consolidarse como una sola unidad política bajo un gobierno independiente y constitucional, siendo el nacionalismo la fuerza de legitimidad de éste.

a.3.) *Nacionalismo tradicional*. Tiene como punto de referencia la historia y la tradición; por lo tanto, mientras el nacionalismo jacobino es revolucionario y democrático, el nacionalismo tradicional es aristocrático y evolutivo. El nacionalismo tradicional surgió en Europa, especialmente ante la amenaza expansionista francesa.

b) *Nacionalismo integral*. Este nacionalismo se sostiene bajo el precepto de que sólo bajo la persecución exclusiva de políticas nacionales será posible consolidar la integridad y el poderío nacional. Se antepone entonces al internacionalismo liberal, poniendo los intereses nacionales por encima de los individuales, convirtiéndose entonces en un nacionalismo tiránico al subordinar las libertades individuales bajo el interés nacional. Este tipo de nacionalismo florece a lo largo de la primera mitad de siglo XX.

c) *Nacionalismo económico*. Es el resultado directo de la batalla por los mercados y bienes de producción. Si bien varias tendencias políticas pueden ser identificadas detrás de este tipo de nacionalismo, es más fuerte su tendencia a percibir al Estado como una unidad económica. Por lo tanto, el nacionalismo económico se confunde con el imperialismo y se convierte en una de las principales fuerzas de la historia contemporánea.

El que la tipología de Hayes esté basada en el desarrollo cronológico del nacionalismo no implica que uno o más de los modelos que él propone no puedan

manifestarse simultáneamente. Después de todo, Hayes concibió este modelo en atención al desarrollo del nacionalismo en Europa, quien posteriormente generaría un proceso similar al que se inició la Revolución Francesa, sólo que esta vez en sus posesiones coloniales. Asimismo, el que varias naciones hayan decidido adoptar el modelo político europeo de consolidación nacional, les ha condenado a acoger no sólo los beneficios que dicho modelo suscribe, sino también las fallas que le caracterizan.

Otra tipología es la sugerida por Hans Kohn, quien identifica dos tipos de nacionalismos a través de sus orígenes y enlista sus principales características: uno Occidental y otro Oriental (Özirimli; 2000: 41-42, citando a Snyder; 1968: 55):

- a) En Occidente, el nacionalismo es producto de factores sociales y políticos, coincidiendo con la formación del Estado-nación y siendo un producto optimista, racional y pluralista de la creciente clase media; la integración política es entonces el resultado de una meta racional.
- b) En Oriente, el nacionalismo surge más tarde ante el retraso del desarrollo político y social; encuentra validez en el campo cultural de la comunidad unida, principalmente, por lazos tradicionales y raciales. El nacionalismo es, por lo tanto, resultado del poder colectivo y la unidad nacional que busca independencia de la dominación externa o la necesidad de expansión de una nación superior. Se produce entonces un nacionalismo emocional y autoritario que confía ciegamente en la capacidad nacional.

Por lo tanto, existe una complementariedad entre ambas tipologías a pesar de que Hayes presenta una estratificación vertical que se apega a patrones cronológicos y Kohn, por su parte, prefiere una comparación horizontal de un nacionalismo definiéndolo, claramente, a través de un etnocentrismo europeo (Snyder; 1990: 240), por lo que.

4. Un concepto de nacionalismo.

Se han estudiado ya cuatro de las dimensiones del nacionalismo, lo que ha hecho evidente la relación existente entre cada una de ellas, así como el sentido que tienen por sí mismas. De igual forma, se ha puesto gran atención a su desarrollo histórico, así como a dos de las muchas tipologías existentes en el plano académico de la materia, todo ello con la intención de consolidar una imagen clara del nacionalismo. Sin embargo, es preciso condensar lo estudiado en un concepto único que será de gran relevancia para el presente estudio.

Por lo tanto, se afirma aquí que el nacionalismo es un principio político que, a través de la historia, se ha desarrollado en un sentimiento que dota de fuerza movimientos sociales que buscan la autodeterminación, seguridad, estabilidad y, muchas veces, supremacía de una nación en particular. Este principio puede ser explotado por los diferentes niveles de la sociedad, en atención a sus intereses y necesidades. El nacionalismo puede ser constructivo o destructivo, dependiendo ello del contexto y presión que los actores, sean internos o externos, ejerzan sobre la nación.

Siendo el nacionalismo un concepto multidimensional, admite varias interpretaciones e, incluso, puede quedar limitado ante el avance e intensidad de

diferentes fenómenos sociales. Se reconoce entonces que el concepto de nacionalismo anteriormente enunciado, ha sido únicamente concebido para objeto y uso de esta tesis pues su interpretación y calidad pueden verse limitadas ante el análisis de otros casos de estudio.

5. Problemas en el estudio del nacionalismo.

El uso e interpretación del concepto nacionalismo dependen tanto del momento histórico, como del contexto social en el que se evoque. Otro elemento que afecta igualmente al concepto es el respaldo y apego que los líderes demuestren a éste pues ellos determinarán, en gran medida, la tendencia positiva o negativa que distingue cada uno de los diferentes nacionalismos en el mundo. Como se ha sugerido, el nacionalismo es un principio político que, a través de la historia, se ha desarrollado en un sentimiento que dota de fuerza movimientos sociales que buscan la autodeterminación, seguridad, estabilidad y, muchas veces, supremacía de una nación en particular; es por ello que un estudio histórico detallado del desarrollo de cada nacionalismo es necesario para lograr un mejor entendimiento de éste.

No obstante, ya que al transitar la historia de una nación en específico es necesario un espacio que permita descripciones detalladas de hechos, personajes, símbolos y tradiciones que consientan el desarrollo de un sentimiento nacionalista, el alcance del siguiente análisis de dos casos de nacionalismo en particular se puede ver limitado en diversos aspectos al buscar lograr un mejor entendimiento de la manifestación del nacionalismo como un catalizador de conflictos en la escena internacional.

Debido a la problemática anteriormente expuesta, se elabora a seguir un análisis histórico del nacionalismo de los casos ruso y japonés, tratando de identificar tres factores claves: sus orígenes y bases, sus postulados intelectuales y su comportamiento (Hoffmann; 2000: 204). Cabe señalar que no se pretende aquí dar pie a suposiciones de superioridad o inferioridad de ninguno de estos nacionalismos, sino más bien afirmar la peculiaridad nacional que fragmenta y distingue al mundo moderno. Es éste un segundo problema a considerar pues al describir y analizar dos matices de nacionalismo diferentes, es posible que el lector distinga algún rasgo o tendencia que favorezca en mayor medida a alguno de los sujetos de estudio; es por ello necesario recordar la advertencia que Gellner hace: “el estudio del nacionalismo debe alejarse de sus propias afirmaciones pues éstas se encuentran contaminadas por la propia conciencia de aquél que lo someta a escrutinio” (Özirimli; 2000: 15, citando a Gellner; 1983: 124-125).

Debido a que las percepciones propias de los autores que han sido consultados para la elaboración del presente estudio se encuentran influenciadas por el medio y momento en el que suscribiesen sus tesis, el contenido del presente estudio puede verse contaminado por ideologías y principios ajenos a la temática en cuestión; no obstante, se busca encontrar un nivel intermedio para así evitar que este problema degeneren los resultados finales del presente estudio.